

DESDE LA CALLE PLUMET AL BARRIO DE SAN DIONISIO

Aquella voz que al través del crepúsculo había llamado á Mario á la barricada de la calle de la Chanvrerie, le había producido el mismo efecto que la voz del destino. Quería morir y se le presentaba la ocasión: llamaba á la puerta de la tumba y una mano en la sombra le enseñaba la llave. Esas lúgubres aberturas que se hacen en las tinieblas, ante la desesperación, son tentadoras. Mario separó la verja que le había dejado pasar tantas veces, salió del jardín y dijo:—¡Vamos!

Loco de dolor, no encontrando nada fijo y sólido en su cerebro, incapaz de aceptar nada de la suerte después de aquellos dos meses pasados en la embriaguez de la juventud y del amor, oprimido á la vez por todas las meditaciones de la desesperación, no tenía más que un deseo: concluir con su vida.

Empezó á andar rápidamente; precisamente iba armado con los dos cachorrillos que le dió Javert.

El joven á quien había creído ver, se había perdido en la obscuridad de las calles.

Mario, que había salido de la calle Plumet por el boulevard, atravesó la Explanada y el puente de los Inválidos, los Campos Elíseos, la plaza de Luis XV

y llegó á la calle de Rívoli. Las tiendas estaban por allí abiertas, el gas lucía en los arcos, las mujeres compraban en las tiendas, se servían sorbetes en el café Laiter, se comían pastelillos en la pastelería inglesa. Solamente algunas sillas de posta partían al galope del hôtel de los Príncipes y del hôtel Mauricio.

Mario entró por el pasadizo Delorme en la calle de San Honorato. Allí las tiendas estaban cerradas, los comerciantes hablaban delante de sus puertas entreabiertas, los transeúntes circulaban, los faroles estaban encendidos; desde el primer piso, todas las ventanas estaban iluminadas como ordinariamente. En la plaza del Palacio Real había caballería.

Mario siguió la calle de San Honorato.

A medida que se apartaba del Palacio Real, encontraba menos ventanas iluminadas; las tiendas estaban completamente cerradas; nadie hablaba en los umbrales, la calle se oscurecía y al mismo tiempo se espesaba la multitud, porque los transeúntes eran ya multitud. Nadie hablaba en aquella muchedumbre; y, sin embargo, salía de ella un murmullo sordo y profundo.

Hacia la fuente del Árbol Seco había grupos inmóviles y sombríos que estaban entre los que iban y venían como piedras en medio de una corriente.

En la entrada de la calle de Prouvaires, la multitud no andaba ya. Era un grupo resistente, macizo, sólido, compacto, casi impenetrable, de personas amontonadas que hablaban en voz baja. Apenas había levitas negras y sombreros redondos. Chaquetones, blusas, casquetes, cabezas erizadas y terrosas. Esta multitud ondulaba confusamente en la bruma nocturna. Sus cuchicheos tenían el ronco sonido de un estremecimiento. Aunque ninguno andaba, se sentía un continuo pisoteo en el lodo. Más allá de este espesor de la multitud, en la calle de Roule, en

la de Prouvaires y en la prolongación de la de San Honorato, no había una sola vidriera en que se reflejase una luz. Veíanse perderse en aquellas calles las filas solitarias y decrecientes de los faroles. Los faroles de aquel tiempo parecían gruesas estrellas rojas colgadas de cuerdas, y proyectaban en el suelo una sombra que tenía la forma de una gran araña.

Estas calles no estaban desiertas. Veíanse en ellas fusiles en pabellones, bayonetas que se movían y tropas que vivaqueaban. Ningún curioso pasaba aquel límite: allí cesaba la circulación; allí concluía la multitud, y empezaba el ejército.

Mario iba decidido, con la voluntad del hombre sin esperanza: le habían llamado y le era preciso ir. Encontró medio de atravesar por entre la multitud y las tropas, se ocultó á las patrullas y evitó los centinelas. Dió un rodeo, llegó á la calle Bêthisy y se dirigió hacia el Mercado. En el extremo de la calle de Bourdonnais no había ya faroles.

Después de haber atravesado la zona de la multitud, había pasado el límite de la tropa: se veía envuelto en algo terrible; no encontraba ya ni un transeúnte, ni un soldado, ni una luz; nada. El silencio, la soledad, la noche, un frío que le sobrecogía: entrar en una calle era entrar en una cueva.

Continuó andando.

Dió algunos pasos y pasó á su lado uno corriendo. ¿Era un hombre? ¿Era una mujer? ¿Eran varios? No hubiera podido decirlo. Era una cosa que había pasado y se había desvanecido.

Así caminando, llegó á una callejuela que creyó sería la de la Poterie, y hacia el medio de esta calle encontró un obstáculo. Extendió las manos y tropezó con una carreta volcada: pisaba al mismo tiempo charcos de agua, lodazales, adoquines amontonados y esparcidos: allí había una barricada bosquejada y

abandonada. Pasó por cima de los adoquines y se encontró al otro lado del obstáculo. Iba siempre muy cerca de los guardacantones y guiándose por las fachadas de las casas. Un poco más allá de la barricada le pareció distinguir alguna cosa blanca; se acercó y vió dos bultos: eran dos caballos blancos; los del ómnibus que desenganchó Bossuet por la mañana, los cuales habían andado errantes todo el día y habían concluido por pararse allí con esa paciencia sumisa de los animales que no comprenden las acciones del hombre, lo mismo que el hombre no comprende las acciones de la Providencia.

Mario pasó adelante. Cuando llegó á una calle que le pareció la del Contrato Social, oyó un tiro que no sabía de dónde venía; el fogonazo atravesó la obscuridad, pasó á su lado y la bala fué á dar por cima de su cabeza en una bacía colgada á la puerta de una barbería. En 1846 se veía aún en la calle del Contrato Social, en el extremo de los pilares del Mercado, esta bacía agujereada.

Hasta aquel punto todo era aún vida; á partir de aquel momento, ya no encontró nada.

Todo este itinerario parecía una bajada por una escalera de sombrías gradas.

Pero no por eso se detuvo Mario.

PARÍS Á VISTA DE BUHO

Un ser que hubiera podido cernerse sobre París en aquel momento con las alas del murciélago ó del mochuelo, habría descubierto un lúgubre espectáculo.

Todo el antiguo barrio del Mercado, que es como una ciudad dentro de otra, atravesado por las calles de San Dionisio y de San Martín, en que se cruzan mil callejuelas, de las cuales habían hecho los insurgentes sus reductos y su plaza de armas, se le habría presentado como un enorme agujero sombrío en el centro de París. La mirada se perdía allí en un abismo; y á causa de los faroles rotos y de las ventanas cerradas, allí cesaba toda luz, toda vida, todo rumor, todo movimiento. La policía, invisible del motín, velaba por todas partes y conservaba el orden, es decir, la noche; porque la táctica necesaria de la insurrección es ocultar á los pocos en la gran obscuridad, multiplicar los combatientes con la posibilidad que puede encerrar la lobreguez. Al caer el día, todas las ventanas en que había luz habían recibido alguna bala que apagaba la luz, y alguna vez también la vida del vecino. Así nada se movía: reinaba sólo el temor, la tristeza, el estupor en las casas; y